



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

ESPAÑA.

Un trimestre..... Ptas. 4,
Un año..... " 12,

ULTRAMAR Y EXTRANJERO.

Un semestre..... Ptas. 12,
Un año..... " 20,

ILUSTRACIÓN INFANTIL DECENAL

CON MAGNÍFICOS CROMOS, GRABADOS Y CUENTOS ILUSTRADOS.

AÑO I. N.º 4.

MADRID

10 de Febrero de 1887.

ADMINISTRADOR:

J. PALACIOS, ARENAL, 27

NÚMEROS SUELTOS

De LA ILUSTRACION con el su-
plemento en cromo..... Ptas. 0,25
Idem id. atrasado..... " 0,50
Cada ejemplar de los
cuentos ilustrados..... " 1,



GALA CON UNIFORME. (Cuadro de J. S. Brown.)

SUMARIO.

TEXTO.—Conversación familiar, por D. Manuel Ossorio y Bernard. Nuestros grabados. El suplemento en cromos. La almohada del niño (traducción), por D. Angel Lasso de la Vega. La ciencia y la virtud, por D. José Marín Baldo. El tío Perpetuo, por D. S. Olmedo y Estrada. Falsa educación (comedia), por D. José María Sbarbi. Mosaico. Juegos de imaginación. Nuevos problemas. Advertencia. Anuncio.

GRABADOS.—Gala con uniforme. Perros de salón. Amor maternal.—CROMOS DEL SUPLEMENTO.—Perro del Monte San Bernardo. El Tigre.

CONVERSACIÓN FAMILIAR.

Salía ayer de casa preocupado con la idea de tener que escribir mi acostumbrada *Conversación familiar* para el presente número—porque durante los últimos días me he visto agobiado de trabajo y no había podido sorprender ningún asunto que os sirviera de enseñanza y de recreo—cuando una niña mendiga me salió al paso pidiéndome limosna. A pesar de mi negativa, la niña siguió solicitando y valiéndose de toda clase de recursos oratorios, hasta que me dijo:

—Ande usted, señorito, que mi padre me pega si no recojo una peseta!

Esta frase me indignó, porque demuestra y determina un vicio social que en vano se esfuerzan las autoridades por desarraigar y corregir; vicio de que son víctimas los niños, no tanto por las penalidades que la mendicidad les ocasiona como por la costumbre de la holganza que va formando su naturaleza.

Seguí andando, porque me llamaba el deber de acompañar al cementerio el cadáver de un amigo, y agregándome á la fúnebre comitiva, monté en un coche para dirigirme á una de las sacramentales de las afueras del Puente de Toledo. Al llegar cerca de la Glorieta, hirió mi vista otro espectáculo que habla muy poco en favor de la ilustración de nuestro pueblo. Dos bandos de muchachuelos desarrapados dirimían á pedrada limpia el eterno pleito de las excelencias de unos y otros barrios. Me recogí en el fondo del coche para que no me alcanzara alguno de sus proyectiles, y no pude menos de exclamar:

—También en esto tienen más culpa los padres que los hijos. El abandono en que muchos les dejan, origina forzosamente estas batallas, y fomenta sus malas pasiones. ¡Qué diferencia entre estos pilletes, habitantes futuros de los penales, y los infinitos muchachos que con su limpia blusa acuden á los talleres para ejercitarse en una profesión honrosa, que ha de hacerles ciudada-

nos útiles y miembros dignos de un pueblo civilizado!

Al dirigirme más tarde á casa, vi parados junto á una librería, en cuyo escaparate se veía EL MUNDO DE LOS NIÑOS, á uno de éstos que quería comprarlo, y su padre ó tutor, que pretendía quitarle semejante idea.

—Para qué quieres eso?—le decía.

—Pues porque también lo tiene Joaquín, y es muy bonito.

—Deja, que ya te compraré otro juguete.

—Yo quiero el periódico!

—Te llevaré á la confitería...

Esta última contestación me recordó uno de mis articulejos, titulado *Mejor es un dulce*, y en el cual combatía años há la errónea tendencia de muchos padres, que prefieren, al juguete que ilustra, la golosina que perjudica. ¿Será posible, he repetido en mi interior, que en el complejo y difícil problema de la educación de los niños, haya que empezar por aleccionar á los padres? ¿Qué terrible herencia pesa sobre la sociedad española, que permite que el niño pida limosna para alimentar acaso el vicio de los padres, ó entregado á la vagancia emplee sus bríos en apedrear á sus semejantes, y cuando pide medios de instruirse con la sana lectura, se le escatime este elemento, concediéndole otros de carácter nocivo?

En tanto que se resuelven por sí mismos problemas de tanta magnitud, los madrileños se han dado ahora á visitar á Mister Cumberland, un inglés que adivina el pensamiento, que á cuatro kilómetros de distancia, persigue y encuentra un alfiler y que sabe la numeración de los billetes de Banco que lleva cualquiera,—cualquiera que los tenga—en el bolsillo.

La ciencia médica, pretende haber descubierto el secreto del inglés, y lo explica muy bien; pero yo en esto de los médicos no me fio, pues no hay asunto en que no salgan malparados.

Se presenta la epidemia cólerica, y se pasan cuatro meses discutiendo acaloradamente, mientras que se mueren las gentes que es un dolor.

Mata la difteria á los niños, y surgen nuevos debates entre los hombres de ciencia, sin que den por resultado el conocimiento del mal. Ahora mismo tratan de averiguar si debe decirse *difteria* ó *difteria*, cosa esencialísima para el diagnóstico y plan curativo de la enfermedad.

Pues bien, hoy tratan los médicos de explicar todas las habilidades de Mister Cumberland, por los fenómenos de la sugestión, y el estado de la excitación nerviosa. Pero no limitándose á esto, han dado funciones prácticas y

recreativas, ejerciendo de adivinos y demostrando una vez más la tendencia á la imitación que predomina en el carácter español.

Dentro de poco, vosotros los niños, seréis los encargados de reemplazar á los doctores y mutuamente os propondréis los más difíciles problemas, como aquellos de:

—¿Quién fué el padre de los hijos del Cebedeo?

—Si aciertas lo que traigo en la mano, te doy un racimo.

Con otras adivinanzas no menos sutiles.

Yo que he conocido las mesas jiratorias y parlantes, y el armario mágico, y el magnetismo, y el espiritismo; y he visto siempre detrás de estos fenómenos, ya la conspiración política, ya el negocio industrial, ya la red puesta para encontrar colocaciones ventajosas á las muchachas casaderas, me permito reirme, con el respeto posible, de las habilidades del nuevo mago.

Y en esto de las artes mágicas, prefiero á las sublimes y científicas, las más vulgares y vistosas del escamoteo y del sombrero inagotable, realizadas detrás de la batería de un escenario y con acompañamiento de algunos violines, aunque cometan alevosías musicales.

Supongo que ya estaréis preparando alguno de vosotros el traje que habéis de lucir en el Carnaval próximo.

Yo, que soy poco amigo de las fiestas carnavalescas, gozo al veros vestiditos de personas mayores y con trajes de época, cosa que me parece muy propia de vuestra edad, y en la cual no hacéis más que imitar á esos niños grandes que se tiñen la barba para parecer jóvenes, ó se cruzan el pecho y se estrellan el frac con bandas y placas, para que sin pasar de medianos, se les tenga por hombres excelentísimos.

La vida, hijos míos, es un perpétuo carnaval, en el que todos vamos más ó menos disfrazados, con la máscara de la cortesía, del saber y de la benevolencia. Si nos la arrancasen, ¡cuántas decepciones habríamos de sufrir!

Pero ya iréis conociendo todo esto sin que yo os lo anticipe con estériles filosofías. Preparaos, pues, á recibir dignamente al Carnaval que se acerca á pasos agigantados; ponéos muy guapos de traje, como me complazco en reconocer que lo sois de rostro y de alma, y si me encontráis por esas calles, no vaciléis en darme bromas. Precisamente me gusta á mí mucho que me embromen las máscaras,... sobre todo, cuando llevan cajas ó saquitos de caramelos.

M. OSSORIO Y BERNARD.

NUESTROS GRABADOS.

GALA CON UNIFORME

(Cuadro de J. S. Brown.)

La expresión que el artista ha logrado dar á los tipos que forman su cuadro, escusa seguramente toda descripción. El afán de engalanarse, y la afición á las flores, no son privilegio de determinadas clases, sino que, por el contrario, todos los sienten, especialmente en la edad infantil. No se cambiarían los tres muchachos del cuadro de Brown por unos príncipes ni trocarían por una encomienda los ramos de flores con que engalanan los ojales de su chaqueta.

PERROS DE SALÓN.

No son seguramente de los mejores ejemplares de la raza canina los perros que, halagados por la fortuna, han tenido hasta la suerte de encontrar distinguidos artistas que les reproduzcan con la habilidad que se advierte en nuestro grabado; pero de todas maneras, merecen un lugar distinguido, por su fidelidad y cariño al hombre, en una publicación consagrada como la nuestra á reproducir todos los encantos del hogar.

AMOR MATERNO.

Los corderillos que se han acercado á beber en un abrevadero de la huerta, se extrañan de la poco ó nada benévola acogida de una gallina que les obliga á retroceder con su amenazador cacareo.

—¿Qué hemos hecho á ese animal?—se preguntan.

Y la madre oveja, que no les pierde de vista, les contesta así:

—La gallina no os profesa odio; pero teme por sus polluelos y se apresta á su defensa. Hace por ellos lo mismo que he hecho yo, al venir siguiéndolos, para que no os ocurra ningún daño que pueda evitar.

El maternal amor respaldea por igual en todos los seres de la creación.

LÁMINAS DEL SUPLEMENTO.

PERRO DEL MONTE SAN BERNARDO.

Modelo de abnegación y de caridad, habita con los Monjes Agustinos en el convento que corona la cima del Monte San Bernardo en los Alpes; y cuando las nieves ponen intransitables los caminos y el viajero extraviado se halla en riesgo de perecer, los perros acuden en su auxilio, le devuelven con sus cuerpos el perdido calor ó acuden al Asilo para que los caritativos Monjes acudan en su socorro.

La raza de los perros del Monte San Bernardo no se ha extinguido nunca, y aquellos animales que poseen el instinto de su misión, se acostumbran desde muy pequeños á recorrer todas las sendas en compañía de los Monjes, para prestar en la época de las nieves, sus salvadores oficios.

EL TIGRE.

El tigre es animal carnívoro, con uñas ó garras retráctiles; mamífero, del género *felix* y de la misma altura que el león, pero más ligero y con la cabeza de menor tamaño y redonda. Tiene el pelo corto y la cola cubierta de anillas, amarillentas y negras. Se encuentra en el Asia meridional y en el África, y su prodigiosa fuerza y su furia son el terror de las comarcas en que habita.

LA ALMOHADA DEL NIÑO.

(De M. DESBORDS-VALMORE).

Almohada pequeña,
querida y dulce almohada,
que das calor á mi frente
y llena de plumas blandas
hecha has sido para mí;
cuando hay quien teme la saña
de los lobos y los vientos
y la tormenta que brama,
querida almohada mía,
¡qué bien en tí se descansa!
¡Cuántos niños pobrecitos,
desnudos, á quienes falta
una madre, que carecen
de lumbre, de pan y casa,
para dormir tienen solo
un pobre lecho de paja!
Y también sienten el sueño...
y entumecidos se hallan.
¡Qué triste suerte la suya!
¡Y nadie seca sus lágrimas!
¡Madre mía, dulce madre,
cuánto me aflige y me daña
el pensar en esos niños
á quienes lecho les falta!
Cuando á Dios por estos ángeles
que no conocen cuán grata
es una buena almohadita,
mis oraciones se alzan,
¡ay madre querida, entonces
á los cielos dando gracias,
me abrazo yo con la mía,
y con gozo, madre amada,
en el cielo en que me arrullas
te bendigo con el alma!
De mi sueño no saldré
hasta las luces del alba,
que tanto alegran viniendo
tras las tinieblas que espantan.
A rezar voy muy quedito
como siempre mi plegaria,
pero dame antes un beso:
Madre mía, hasta mañana.

PLEGARIA.

¡Oh Dios piadoso,
Dios de los niños,
oye en mi ruego
lo que te pido.
Hay en el mundo,
según me han dicho,
niños que viven
siempre solitos,
que llaman huérfanos,
y mal vestidos
pasan las noches
con hambre y frío.
Oh, Dios elemento
Dios compasivo,
haz que se acaben
los huérfanitos.
Haz que descienda,
cuando el zumbido
sueña del aire
helado y rígido,
cuando en la noche
nieve muchísimo,
un ángel tuyo,
que á su gemido
responda luego
con su cariño,
y con sus alas
le dé su abrigo.
Dile que ponga
al triste niño
á quien su madre
tiene en olvido,
una almohadita,
y el pobrecito
pueda, á lo menos,
dormir tranquilo.

TRAD. DE ÁNGEL LASSO DE LA VEGA.

LA CIENCIA Y LA VIRTUD.

Hijo mío, ama la ciencia y las virtudes cristianas. Si quieres vivir tranquilo, feliz en cuanto el hombre puede serlo en este mundo, libre de los peligros, de las desgracias y de las grandes contrariedades que conducen á los abismos de la desesperación, ama la ciencia y la virtud, hijo mío. Tú empiezas hoy á vivir. Tienes la inocencia del niño, el cariño de tus padres, la alegría de los primeros años, y no ves lo que viene más tarde, cuando te encuentres hecho un hombre, abandonado á tus propios recursos y en lucha con todas las necesidades de la vida social, enfrente de tantos enemigos como hallarás, que te esperan para destrozarte y destruir todas tus ilusiones, todos tus propósitos y todas tus aspiraciones más legítimas.

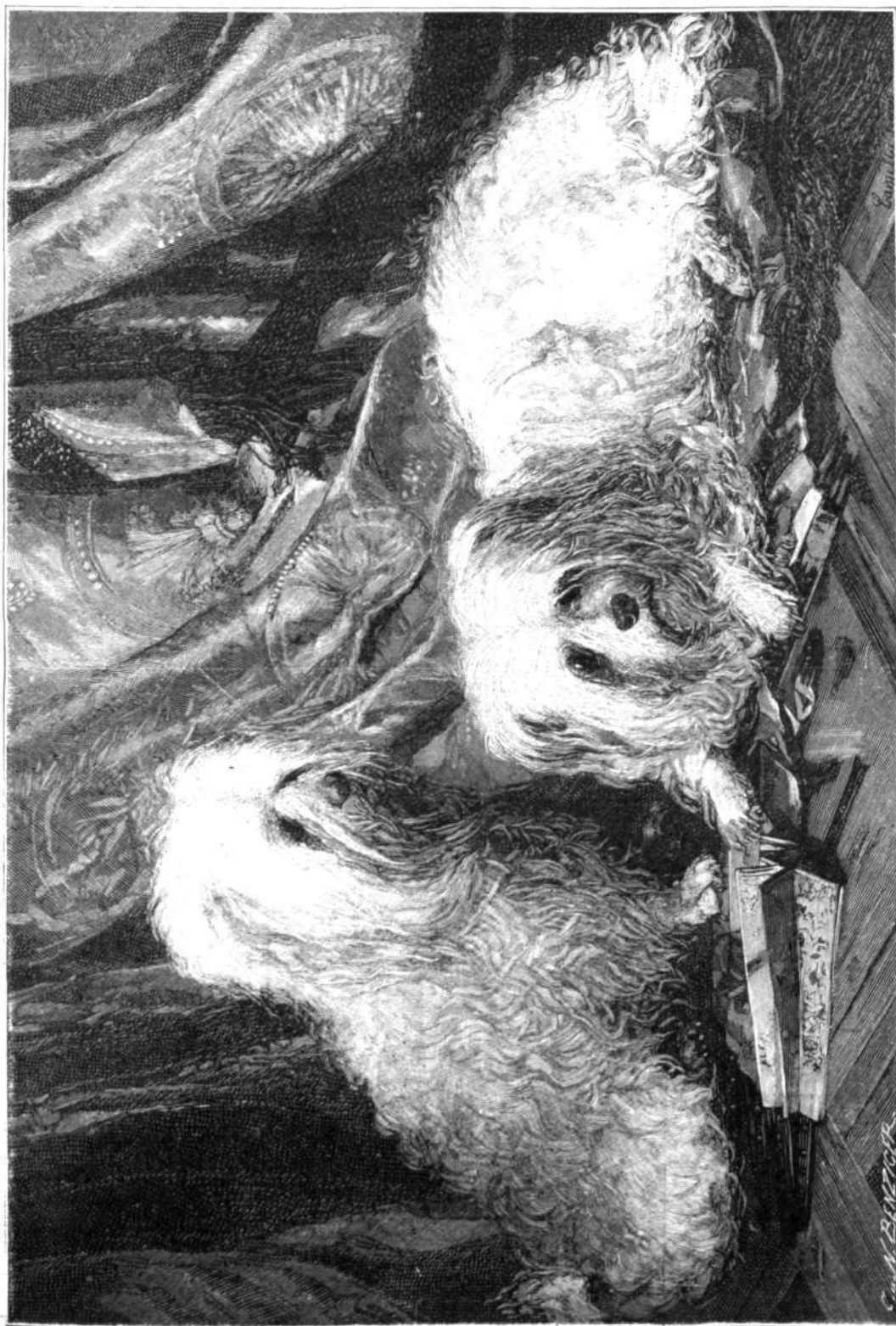
No envidies al poderoso que alcanza una fortuna, un puesto elevado, una fama y unos respetos inmerecidos, aun cuando veas que el vulgo de las gentes le adula porque le considera rico y poderoso. ¡Sabe Dios, cómo muchos de estos ricos, que viven con tanta grandeza, se hallarán en la hora de la muerte, al ver que se acerca el momento de dar cuenta de su vida al Juez Supremo, al que no se le oculta nada de la verdad, al que todo lo ve, presente y sin engaño!

El que ama la ciencia y practica la virtud, vive acaso en la pobreza y no logra la fortuna de los que andan por el camino del vicio y de la maldad; pero, hijo mío, más vale ser pobre y tener tranquila la conciencia, que no ser rico y vivir esclavo de los remordimientos continuos que nos priven del reposo y del sueño.

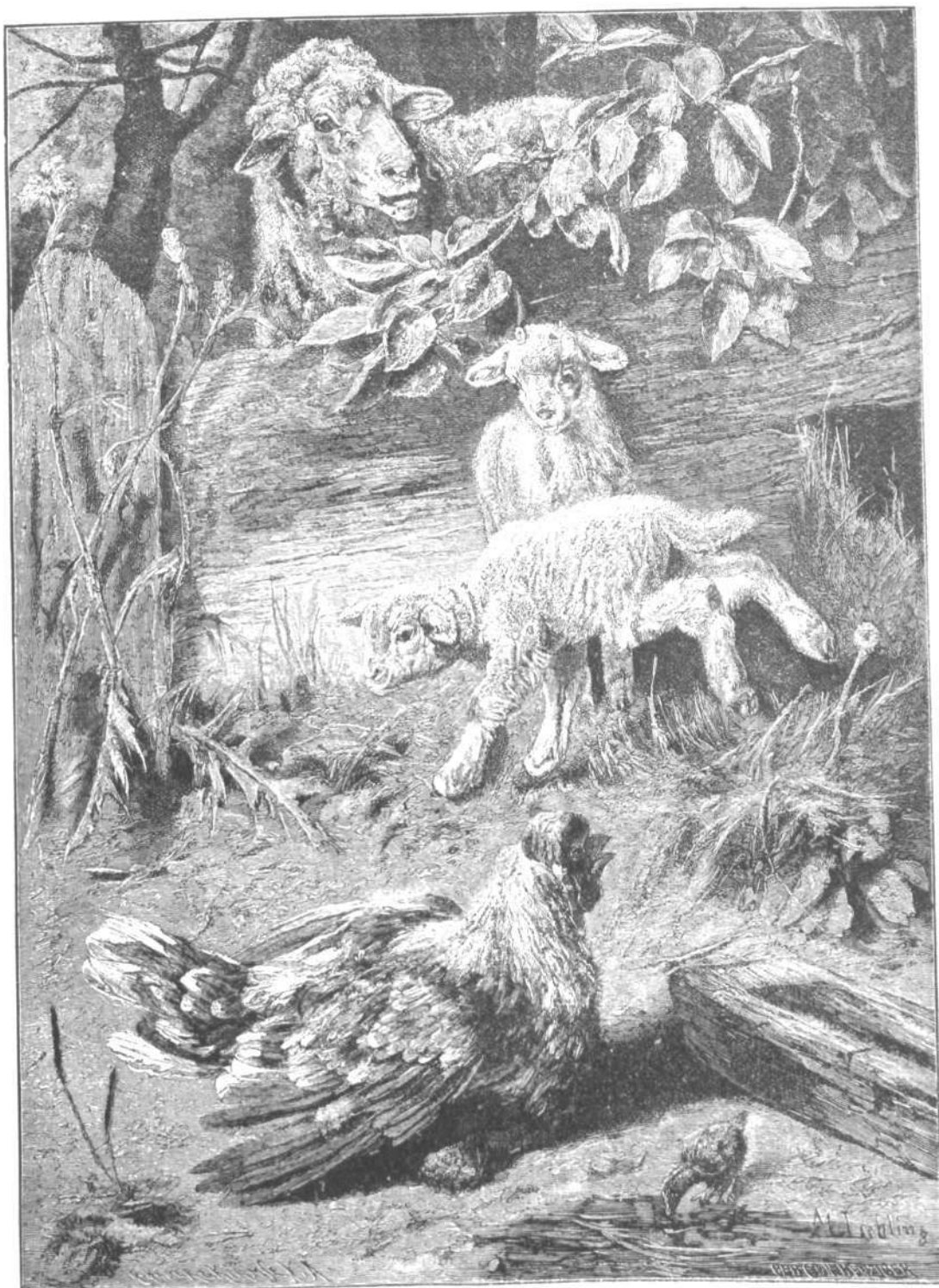
Un libro y un amigo, decía el sabio poeta, que le bastaban para ser feliz, y yo creo que el hombre que alcanza á gozar con el primero, puede bendecir á Dios, aunque no encuentre el segundo, muy difícil de hallar en este mundo. El libro jamás te dará ningún desengaño, y siempre te enseñará alguna cosa que aumente el caudal de tus conocimientos.

Cuando el hombre ama la virtud, la ciencia y la sabiduría, puede ser feliz, fuerte contra todas las desgracias que puedan presentarse y vengan á combatir su espíritu; pero el que funda toda su gloria en los goces materiales que sólo pueden disfrutar los que son ricos, éste, el día en que pierde su fortuna, sólo halla el recurso de la desesperación, maldiciendo su ruina.

¡Cuántos ricos, muy ricos, cuya fortuna les ha servido sólo para consumir la vida y perder la salud corporal y espiritual, se cambiarían por algunos



PERROS DE SALÓN.



AMOR MATERNO.

pobres que, viviendo modestamente, gozan de la felicidad que les proporciona su amor á la ciencia y á la virtud!

JOSÉ MARÍN BALDO.

EL TÍO PERPÉTUO.

A la postura del sol, ya estaba el tío Perpetuo sentado en el pedestal de la gran cruz de piedra que hay frente á la puerta del cementerio del pueblo.

Y siempre lo mismo.

Con su largo cabello blanco, rozando el cuello de un chaquetón de paño pardo; sus ojos pequeños y de mirada viva, moviéndose apresuradamente bajo las espesas y canosas cejas; la ancha frente surcada por profundas arrugas, coronando un rostro severo, en el cual no era posible al más espeto observador sorprender una sonrisa, ni un gesto. En suma: su larga barba gris ocultaba la movilidad de las facciones, y el poblado bigote tapaba por completo aquellos labios delgados, que si se abrían, era para devolver un saludo, implorar una limosna, ó devorar con ansia un mendrugo de pan.

Sólo aquellos ojillos, cuyas pupilas brillantes parecían conservar todo el fuego de la juventud, movíanse ligeros, sin dejar que la mirada se fijase más de un segundo en un objeto determinado.

Por lo demás, el tío Perpetuo no era otra cosa que un mendigo.

No era posible averiguar la edad que tendría: los más viejos del pueblo aseguraban que le conocían desde la infancia, siempre pordiosando y siempre avocinado al pie de la cruz del cementerio.

Una mañana, Bernardo, el mozo más arrogante de la villa, é hijo del mayor contribuyente del pueblo, salió de su casa caballero en un asno de descomunal alzada, en dirección á la vecina ciudad, donde se celebraba el semanal mercado.

Contra su costumbre, el tío Perpetuo estaba á aquella hora, en la que el sol no había aún asomado su roja faz, sentado al pie de la cruz.

Extrañóle á Bernardo, pero como no era curioso, nada le preguntó, y después de saludar con el sombrero respetuosamente, la enseña del Redentor, exclamó alegre:

—¡Buenos días, tío Perpetuo!

—¡Hasta luego, hijo!—respondió el mendigo;—y agíl como un muchacho y rápido como un corzo, se levantó de la piedra y echó á correr, desapareciendo á poco tras las tapias que limitan la tranquila mansión de los muertos.

Quedóse Bernardo sorprendido y tal vez atormentado por la extraña conducta del viejo; pero en aquel instante se dibujaron en el Oriente los precursores reflejos del astro del día, aumentando en el espacio la luz, y haciendo esta prorrumpir en alegres cantos á la turba de avejillas que de surco en surco, y de árbol en árbol iban revoloteando como si quisieran sacudir la pereza de un sueño interrumpido.

El movimiento que en el campo sucede á la tranquila quietud de una larga noche, sorprendió igualmente al joven, quien encogiéndose sus robustos hombros, espolé con los tacones de sus zapatos los hijares del pollino, y soltó al aire, en tono alegre, la siguiente copla:

«Apenas el hombre nace
y pisa este triste suelo,
sale la muerte y le dice:
—¡Buen viaje, y hasta luego!»

No bien hubo acabado de pronunciar el último verso de su copla, oyó la voz del tío Perpetuo, que repetía:

—¡Hasta luego, hijo!

Después, una sonora carcajada que se perdió en el valle y rodó de pico en pico por el monte; más tarde el pjar de los pajarillos, y por último, nada, porque Bernardo, aterrado, sólo escuchaba aquel «¡hasta luego!» del tío Perpetuo.

Llegó al fin el mozo al mercado, y no halló cosa que le gustara ni conviniera, ni pudo divertirse, y abismado en alguna funesta preocupación, regresó á su pueblo cuando ya el sol había desaparecido del horizonte, y la noche empezaba á estender sus alas en el inmenso espacio.

La campana de la iglesia anunciaba á los fieles la hora de rezar el rosario, y al llegar Bernardo al cementerio de su pueblo, distinguió al tío Perpetuo, sentado, como siempre, al pie de la cruz.

El joven pasó sin mirar al mendigo, quitóse el sombrero, como lo hiciera por la mañana, y obligó la marcha de su pollino.

Ya estaba como á unos veinte pasos de la cruz, cuando Bernardo, movido por extraña influencia, volvió la cabeza y vió fija en él la mirada penetrante de los ojillos del tío Perpetuo.

Este agitó entonces una mano, al propio tiempo que decía:

—Hijo, ¡hasta luego!

Bernardo sintió que su sangre se helaba, que su cabeza se desvanecía; tembló por la vez primera, y contestó con voz balbuciente:

—¡Hasta luego, tío Perpetuo!

No es posible describir lo que pasó en el alma de Bernardo.

Llegó á su casa, y sin pronunciar una sílaba ni contestar á las preguntas de sus padres, cogió una luz y se retiró á su habitación, dejándose caer en la cama, presa de mortal angustia y febril excitación.

Bien pronto dominado por la fiebre, cayó en la más terrible pesadilla. El sueño, con su engañosa realidad, le hizo recordar su infancia, libar los placeres de una vida relajada, sufrir los horrores de otra llena de privaciones. El amor y el odio; el placer y el dolor: el hastío y el hambre, de todo esto experimentó el pobre Bernardo durante aquella noche.

Al despertar se halló al pie de la cruz, sentado sobre la piedra, y á su lado el tío Perpetuo, moviendo ligeramente sus ojuelos, pero como siempre inmóvil el severo rostro.

Aún era de noche: ni el más leve ruido interrumpía la soledad de la vecina casa de los muertos.

Bernardo, gracias al débil resplandor de las estrellas, pudo reconocer el sitio en que se encontraba.

El tío Perpetuo le envolvía con el fuego de sus miradas.

—¿Por qué estoy aquí?—preguntó al fin Bernardo.

—¡Ah!—contestó el anciano;—no nos despedimos *hasta luego*? Pues ya estamos reunidos. Tantos han hecho lo que tú...

—No comprendo lo que V. me dice, tío Perpetuo;—replicó Bernardo,

—Hijo mío—añadió aquél;—allí donde la luz acaba, empieza la sombra, y á la sombra sucede la oscuridad más completa. A la vida sigue el dolor, y á éste, la muerte. Ayer vivías, ahora estás agonizando, y dentro de algunos minutos tu alma abandonará al cuerpo, y este no será otra cosa que un cadáver.

—¡Oh! ¿Habla V. de veras?

—Sí;—respondió con voz cavernosa el tío Perpetuo.—Te faltan pocos instantes de vida.

—Morir cuando aún no he podido darme cuenta de lo que es vivir;—exclamó el pobre Bernardo lanzando un profundo suspiro.

—Estás en un error: has vivido setenta años; has gozado del amor; te has embriaga-

dó en los placeres; has sufrido crueles torturas; has navegado, en fin, por el mar de la vida, empujado, unas veces, por perfumadas y tranquilas brisas, y combatido, otras, por furiosos vendabales.

—¿Yo... yo... yo?—preguntó Bernardo con acento de dolorosa incredulidad.

—¡Tú, tú!—respondió el tío Perpetuo con firmeza.

—¡Ah! ¡imposible! El placer y el dolor, todo eso de que V. me ha hablado, no lo he conocido más que por el sueño de esta noche. Ayer me desperté alegre, y cuando marchaba al mercado á gozar de la vida, usted amargó mi alegría; luego no volví á ser feliz; por la noche, la fiebre se apoderó de mí, y soñé un sin número de cosas. Luego... no me acuerdo... ahora ¡ah! ahora dice V. que estoy agonizando y que dentro de algunos minutos, no seré más que un cadáver. ¿Es esto vivir?

—No es vivir, pero eso precisamente es la vida. Un instante de placer, un día de dolor, una noche de agonía y luego... nada; la muerte... un cuerpo que vuelve á la tierra y un alma que vuela al cielo.

—¡Dios mío! ¿sueño aún?—murmuró Bernardo llevándose ambas manos á la cabeza.

—Sí; y mientras haya en tí un átomo de vida, soñarás;—le contestó el viejo.

—¿Dijo V. antes que he vivido setenta años?

—Y no te engañé, haz memoria. El espanto que en tí produjeron mis palabras, te hizo abandonar la casa en que habías nacido, recorriste entonces el mundo, seducido por sus falsos encantos, ahogaste el eco de mi voz en la orgía; total algunas horas de placer y muchos años de dolor, porque más tarde pobre y enfermo, regresabas al pueblo. Ya no existían tus padres, ni tampoco recordabas que yo te había dicho siempre *hasta luego*. ¡Necio! creiste que viviendo alegre la muerte no había de alcanzarte! Tú ignorabas que la muerte acompaña al hombre desde que nace y que no le abandona nunca. ¿No conoces aún quién soy? Yo soy la muerte; te he seguido por el mundo, riéndome de tí cuando me olvidabas, riéndome de tí cuando me temías, y riéndome de tí cuando me desafiabas, porque eras al nacer mi presa segura.

—¡Ah! ¡ah! eres la muerte;—dijo Bernardo que sintió nublarse su vista é invadir su cuerpo un frío glacial.

—Sí; la muerte soy. ¿Quiéres saber lo que es la vida antes de perderla? Una llama que oscila al verme y se apaga á mi contacto, mejor dicho; la vida del hombre es la locura que éste tiene en huir de mí, y mientras corre, más se me aproxima. Por eso, ahora y siempre, los que me ven al pie de esta cruz y me saludan, al contestarles *¡hasta luego!* huyen y tiemblan. Pero al fin todos, todos llegais á mi reino y entonces os digo: *¡Descansad en paz.*

S. OLMEDO Y ESTRADA.

FALSA EDUCACIÓN.

COMEDIA INFANTIL EN UN ACTO.

(IMITACIÓN, POR D. JOSÉ MARÍA SBARBI.)

(Continuación.)

merece la preferencia en mi estimación y cariño. Bien sabe V. que le prometí á su padre en los últimos momentos de su vida, el mirar por ellos cual si fuesen hijos míos, y debo y quiero cumplir mi palabra. Como no puedo saber cuánto tiempo ha determinado el Señor tenerme todavía en este mundo, he venido á ver á estos chicos, á

estudiar su carácter, y á tomar con dicho previo conocimiento las disposiciones que estime más acertadas en favor de ambos.

LEON. Mi hermano de mi alma agradecerá á V. desde el cielo, en que seguramente está descansando, tantos y tan grandes beneficios, y pedirá á Dios que le recompense dignamente su heroica generosidad.

GUILL. ¿Qué está diciendo de beneficios ni generosidad, si lo que hago yo no es otra cosa que cumplir con mi deber? Su digno padre de V. (que tanta gloria haya) quiso que participase yo de la esmerada, juiciosa y sólida educación que dió á su hijo, y hermano de V., y á sus desvelos debo el crecido caudal de que he llegado á ser poseedor; solo, como me encuentro, sus nietos son mi única familia, y á ellos tocan de derecho, así en vida como en muerte, unos bienes que he procurado conservar y aumentar por dejarlos ricos.

LEON. En tal supuesto, Eloísa... como la más amable...

GUILL. Si entre ellos existe alguna diferencia notable, no ha de ser por cierto la cuestión de meras habilidades lo que decida la balanza en favor del que las posea, sino el capítulo de buenas prendas y de virtudes.

LEON. Pues aquí tiene V. á mi sobrina y pupila suya.

ESCENA IV.

DICHOS, y ELOISA (que saldrá vestida, peinada y adornada con excesivo lujo y afectado esmero).

GUILL. ¿Cómo, ésta es Antonia, digo, Eloísa!

LEON. Ya sabía yo que se había de quedar V. estupefacto al verla tan seductora. ¿Sabes, gloria mía, que nos has hecho aguardar más de lo regular?

ELOISA (haciendo á D. Guillermo una cortesía muy grave y ceremoniosa). Fué porque la peinadora ha estado tan desgraciada hoy, que ha sido preciso deshacer veinte veces lo hecho; y al fin y al cabo, tengo el disgusto de no venir peinada como lo demanda el último figurín. Sr. D. Guillermo, celebros infinito ver que ha llegado usted tan bueno.

GUILL. Aunque no bueno, siempre deseoso de que tú lo estés... (Va á abrazarla, y ella se aparta con ademán desdichoso). ¿Qué es esto, niña: tienes á menos el mirarme como á padre?

LEON. Sí, Eloísa, como á padre y á protector generoso.

(A D. Guillermo). Ruego á V. que le dispense... ¡Está criada con tanta modestia y tal recato...!

GUILL. Mal se aviene ese recato y esa modestia con aquella soltura y aquel desembarazo de que me ha hablado V. poco há; pero, aun cuando

así sea, juzgo que por admitir las demostraciones de mi cariño, en nada se lastimaban semejantes circunstancias. Además, tengo que dirigirle cierta reconvencción amistosa por haber tardado tanto tiempo en satisfacer la impaciencia que por verla tenía su tutor.

ELO. Ruego á V. se sirva perdonarme; pero no estaba vestida con la correspondiente decencia para presentarme á su vista.

GUILL. O mucho me equivoco, ó una señorita debe estar á cualquiera hora en disposición de recibir la visita de un sujeto á quien se aprecia, siendo de suponer que le basta tener puesto un traje aseado y decoroso.

LEON. Así es la verdad; pero cuando se trata de recibir á un huésped como V., exige el respeto...

GUILL. (interrumpiéndola). Menos ondas, menos tocador, y darse alguna más prisa por un amigo que trae andadas muchas leguas, á pesar de sus no pocos achaques, sólo por vernos. Confieso á V., señora, que mi corazón hubiera experimentado infinito mayor gozo en ver á mis hijos (pues lo son en virtud del cariño que les profeso), correr precipitadamente hacia mí con los brazos abiertos, y colmarme de caricias.

LEON. No es de extrañar que, atendido á la veneración que á usted profesa...

GUILL. Basta; hablemos de otra cosa. La primera vez que se ofrezca, ya me recibirás con mayor cordialidad; no es verdad, Ant... Eloísa? Por lo menos, no te enojarás porque yo te tutee, pues creo que me asiste derecho para ello, aun cuando te viera casada y llena de hijos.

ELO. Lo tendré á mucho honor.

GUILL. Déjate de cumplimientos, y dí lisa y llanamente que te alegrarás de que así sea. ¡Pero criatura, qué espijada te has puesto desde la última vez que te ví!

LEON. ¡Oh! preciosa, hechicera.

GUILL. A pesar de todo, nada valen semejantes prendas, si no las realza el pudor, la modestia, la afabilidad, la ingenuidad y el cultivo del entendimiento.

LEON. ¿Quién lo duda? Las habilidades son la mayor recomendación que ostentar puede en las tertulias, bailes y conciertos, toda persona que se precie de haber recibido una educación esmerada y distinguida.

GUILL. ¿Qué bailes ni qué conciertos, ni qué niño muerto! Señora, dispénseme V. le diga que, siempre que se trata de ciertos particulares, suele tomar V. el rábano por las hojas. Yo no me opongo á que se tengan unas cuantas relaciones y alguna que otra amiga (rara avis); tampoco me opon-

go á que den con regular frecuencia sus paseos, como elemento indisputable de higiene; ni menos soy opuesto á que cultive la mujer ciertos ramos de adorno; lo que digo, y al decirlo lo deploro, es, que se enseña a la mujer de hoy á cantar (por no decir *aular*), á tocar el piano (por no decir *rascar*), á pintar (por no decir *chafarrinar*), y otros muchos verdaderos pasatiempos, con menoscabo del estudio y cultivo de conocimientos útiles, y de aplicación práctica al terreno doméstico.

LEON. ¡Pero Sr. D. Guillermo! Un hombre de talento como V., llamar *aular* al cantar, *rascar* al tocar, y *chafarrinar* al pintar... ¡Vaya, que no lo creyera!

GUILL. Señora, por Dios, más sínderesis; ¿Cree V. que todo el que se sienta al piano, toca; que todo el que abre la boca para exhalar sonidos modulados, canta; y que todo el que hace girar el lápiz ó el pincel por el papel, pinta?... La generalidad de los padres se contentan con que sus hijos tomen tan solo una leve tintura del ramo á que se dedican, y los maestros no se esfuerzan en sacar á sus discípulos de tan punible letargo. En prueba de ello, deseo que se ponga al piano la niña, y que cante la pieza que tenga mejor estudiada.

LEON. Vaya, hijita, haz lo que te dice el señor.

ELO. (en voz baja á su tía al buscar entre los papeles de música). ¡Gracias mil por el sermón que me espera!

GUILL. (que conoce por la cara y ademanes de Eloísa la violencia que ésta hace en satisfacer su deseo). Si es que ahora no estás en voz, (achaques frecuentísimo entre cantantes), déjalo para otra ocasión, que tiempo hay.

LEON. (en voz baja á Eloísa). Mira que en ello juega; tu porvenir.

ELO. Mal y rogado, son dos males. (Hace un breve prelude, y se acompaña la romanza de Mercadante «La Huér, fana» que empieza á cantar en italiano con absoluta falta de expresión así en lo cantado como en lo tocado. Don Guillermo da visibles muestras de desagrado, y no pudiendo contenerse más, al acabar la primera estrofa, ó sease á los ocho primeros compases, la interrumpe diciéndola:)

GUILL. ¿Lo estás viendo? ¡Has asinado en este momento al pobre de Mercadante! ¿Y á eso llamas tocar? ¿y á eso llamas cantar?...!

LEON. Pues mire V., Señor Don Zoilo, cuantas veces ha ejecutado mi niña esa pieza en las tertulias, otras tantas la han aplaudido y palmoteado, y héchosela repetir.

GUILL. Pues mire V., mi señora doña Benedicta, cuantas veces la ha ejecutado, y ha sido aplaudida, palmoteada, y obligada á repetirla, otras tantas han dado pruebas los circuns-

tantes de ser muy atentos y bien educados, pero también de ser poco inteligentes, ó de ser muy burlones. Porque has de saber, hija mía, que hay en la sociedad cierta casta de entes, que gustan de realzar la habilidad, mayor ó menor, de una persona. poniendo en evidencia las faltas de que adolece otra; y así...

ELO. ¡Querido tutor! Acaba usted de abrimme una herida en el corazón; pero también acaba de abrimme una lumbrera, por la cual me parece ver algo claro en lontananza. (*Volviéndose á doña Leonor*) ¡Recuerda V., tía, el empeño que muestran siempre en la tertulia de las de Fernández por que cante yo siempre antes que Elvira? ¡Infames!! (*Llora.*)

GUILL. No te alteres, hija; tú muestras buenas disposiciones, y con unas cuantas lecciones que yo te dé, ya pondremos á esa tertulia en el caso de cantar la palinodia, que al fin y al cabo, cantar es también; y si después de todo, no quieren cantarla, tú te vas con la música á otra parte, como suele decirse, y... tantas pascuas. Ahora dejo á ustedes por un momento, para poner cuatro letras á casa con el fin de que sepan que he llegado sin novedad.

LAS DOS. Es V. muy dueño (*Vase*).

ESCENA V

DOÑA LEONOR Y ELOÍSA.

ELO. ¡Gracias á Dios que ya puedo respirar! ¡me estaba ahogando!

LEON. Habla más bajo, por Dios, que puede oírte.

ELO. ¿Ha visto V. qué jaqueca? Estoy tan harta, que rompería los papeles de música, y pegaría fuego al piano.

LEON. Calma, hijita, calma...

ELO. Pues qué, ¿no me he contenido bastante? El diantre del señor, que en todo encuentra reparos que hacer.

LEON. Esas son rarezas de perso-

na mayor, de que no se hace caso. ELO. No, pues lo que es á mí, que no me venga con muchas exigencias, (pues me temo que lo mismo que me ha examinado de Música, me querrá examinar con el Dibujo, Francés y Baile).

LEON. Antes pídele á Dios que no le dé por examinarte de coser y bordar.

(*Se continuará.*)

JOSÉ MARÍA SERRA.

MOSAICO.

La Sociedad protectora de los niños se ha encargado del departamento que para aquéllos ha creado en el *Refugio de San Luis y Santa Cristina* el propietario de *La Correspondencia*, Sr. Santa Ana. El Sr. Gobernador de la provincia ha ofrecido que serán recogidos de las calles cuantos niños se encuentren pidiendo limosna, y que empleará toda su autoridad para que nadie ponga obstáculos al acto de conducirlos al Refugio citado, donde la Sociedad protectora de los niños ofrece darles cama, y alimento el Sr. Santa Ana.

Recogidos de la calles todos los niños portadores, la autoridad averiguará todas las mañanas cuáles han sido impulsados por sus padres á pedir limosna, cuáles deben ser conducidos al Hospicio y cuáles merecen seguir al cuidado de la Sociedad protectora.

Cuando se acredite que los niños piden obligados por sus padres, la autoridad impondrá á éstos la corrección pecuniaria ó personal que marcan las leyes.

La Sociedad barcelonesa de Amigos de la instrucción, ha premiado con una medalla y el título de socio de mérito, al Doctor don Luis Cortés y Amigó, por su obra *Causas de la excesiva mortalidad en las primeras edades y modos de disminuirla*.

Con el título de *Progresos y extravagancias*, acaba de dar á la estampa D. Manuel Ossorio y Bernard un libro tan interesante como curioso, en el que se examinan en tono festivo muchas de las conquistas, verdaderas ó soñadas, de la ciencia moderna. El éxito de la obra corresponde á su mérito.

JUEGOS DE IMAGINACIÓN

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO 4.º

VII.—Ra—mo—na. VIII.—Par—diez.

IX.—Jo—sé—Me—se—jo.

Han remitido las soluciones, los suscritores *Mauricio Donoso-Cortés, Julio Maranges, María Peña y Pérez, José Luis López Tineo, Eduardo Maldonado Fraile, Pototo López Ponce, Juanita Medrano, Domingo y Rita Regueral, María Rodríguez Arias, Fernando Fernández, Salvador Viada, Teresa Benito, Perico Sepúlveda, Luis Martí, Eduardo Fungairiño, Josefa Lerdo de Tejada, Manuel Salgado, Mariano Sancho Bertrán, Gregorio Chavarri y Romero.*

NUEVOS PROBLEMAS

X

FUGA DE VOCALES.

N. p.d. r. l t.b.j.
p.r.q. .st. .c.j.
m. v. . l. t.b.rn.
p.q.t. . p.c.

XI.

ENIGMAS.

Una mujer despeinada y mal vestida, está tendida en el suelo: tiene la cabeza apoyada sobre una mano y en la otra un reloj de arena vuelto del revés. ¿Qué representa?

Una mujer con alas, tiene en una mano un reloj de arena, y en la otra un gallo y una espuela. ¿Qué se representa con esta figura?

XII.

PROBLEMA.

Colocar los nueve números dígitos en los puntos que siguen:

. . .
. . .
. . .

De modo que, sumados horizontal, vertical y transversalmente, den por suma 15.

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros suscritores el cuento ilustrado *LA AMBICIÓN*, correspondiente al mes de Febrero, que no dudamos será de su agrado. Para contestar á diversas cartas de personas que desean suscribirse, diremos que el importe de las suscripciones deberán incluirse en la carta de pedido, en sellos, libranzas ó letras á la vista.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.

SECCIÓN DE ANUNCIOS.

EL MUNDO DE LOS NIÑOS.

REVISTA DECENAL INFANTIL

CON MAGNÍFICOS CROMOS, GRABADOS Y CUENTOS ILUSTRADOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

ESPAÑA.

Un trimestre, pesetas 4. —Un año, pesetas 12.

ULTRAMAR Y EXTRANJERO.

Un semestre, pesetas 12.—Un año, pesetas 20.

NÚMEROS SUELTOS.

LA ILUSTRACIÓN con suplemento en cromo, ptas. 0,25

Idem id. atrasado. 0,50

Cada ejemplar de los cuentos ilustrados. . . 1,

Todos los números llevan un suplemento en cromo, y al primero de cada mes acompaña un magnífico cuento ilustrado, con láminas en colores